

## IX.

Pero la reina se alzó inmensa, impávida, formidable, alentada por su gran corazón, y en el momento en que el infante enfurecido, olvidado de todo, blandía su hacha de armas, gritó con voz potente:

—¡A mí, mis caballeros! ¡a mí, mis leales!

## X.

Aún no había acabado de pronunciar la reina estas palabras, cuando se abrió de improviso la puerta de la cámara y aparecieron y se precipitaron dentro las tres únicas personas que había en ella: Guzman el Bueno, la sultana Zayda Fatima y el ballestero hidalgo de maza.

Don Juan lanzó un rugido de fiera cogida en trampa; revolvió en torno suyo la feroz mirada; vió á don Alfonso Perez de Guzman, y retrocedió aterrado.

Guzman reconoció al infante, le vió armado en la cámara de su señora, y palideció de furor. Toda la sangre de su hijo don Pedro pasó por delante de sus ojos, tiró de la espada, y se fué mudo y terrible como el leon irritado sobre don Juan, á tiempo que el ballestero armaba un venablo en su ballesta.

—¡Teneos, caballeros, teneos! dijo con sobrealiento la reina, cubriendo el cuerpo del infante; ¡no le mateis!

Guzman el Bueno se detuvo, dejó caer desalentado la punta de su espada, y el ballestero desarmó la ballesta.

Otra vez salvaba la reina á su cruel enemigo, al rebelde, al miserable; otra vez era bueno Guzman el Bueno, dejando de vengar la muerte de su hijo por lealtad, por veneración á la reina.

La infanta Zayda Fatima, enrollado su haique, ostentando su severa y magnífica hermosura, fijaba una mirada de asombro y de amor á un tiempo en aquella noble reina.

Guzman el Bueno temblaba.

Se pasó la mano por la frente, y envainó la espada.

## XI.

Retiraos á vuestra guardia, dijo la reina al ballestero, que se inclinó y salió.

—Esperad, continuó la reina.

Y fué á su mesa, tomó un pergamino, escribió, selló el pergamino, lo enrolló, y lo dió al infante.

—Tomad, le dijo, y atravesad libremente los reinos de vuestro hermano.

El infante, dominado por la presencia de Guzman el Bueno, tomó el pergamino maquinalmente.

—Don Alfonso Perez de Guzman, dijo la reina, sacad fuera de Toledo al infante, y juradme por vuestra fé de cristiano y vuestra honra de caballero que se apartará de vos libre y salvo.

—Lo juro, señora, contestó Guzman.

—Pues bien, salid, salid, y que Dios os toque al corazón, hermano.

El infante salió siguiendo á Guzman, despues de arrojar una mirada de reto y de amenaza á doña María, y otra indescriptible á Zayda Fatima al pasar junto á ella.

## XII.

Aún no se habían perdido las pisadas de Guzman y del infante, cuando la reina se dejó caer desalentada sobre un sillón exclamando:



—¡Oh, Dios mio, Dios mio, dadme fuerzas!

Zayda Fatima habia quedado como olvidada en la cámara.

Se acercó á la reina, é inclinándose junto á ella, la dijo:

—Confía, señora, en el Dios altísimo y misericordioso: él protege á los reyes, él protege á las madres.

La reina alzó la cabeza, vió á la infanta, y exclamó:

—Vos sois extranjera: ¡ah! vos sois mora; ¿quién sois?

—Soy la infanta Zayda Fatima, hija, y la mas querida, del rey de Granada.

—¡Vos! ¡una infanta mora!

—Sí, una infanta mora que te ama y te venera, y que se alegra al fin, porque te conoce, de la traicion que la ha traído hasta tu córte y hasta tu cámara.

—¡Traicion! ¡traicion! ¡siempre esa palabra terrible retumbando en mi oído! exclamó la reina; ¿y á vos tambien os han traicionado?

—Sí, sí señora: el que nace traidor lo es para todo el mundo.

—¡Él! ¡el infante!

—Sí, sí señora: el que se llamaba en Granada rey de Castilla: ¿pero qué importo yo? estás demudada, llorosa, agitada, muriendo, señora: el buen alcaide de Tarifa me lo ha revelado todo en esa estancia inmediata; tu esposo muere; los traidores pretenden robar á tu hijo su corona: ¡ah! vé, vé al lado de tu esposo moribundo; yo aguardaré rogando por tu esposo, por tí, por tus hijos al Altísimo: la infanta Zayda Fatima te ha visto generosa y grande, y te ama.

La reina no contestó, rompió el llanto que se agolpaba á sus ojos, asió con ambas manos la hermosa cabeza de la infanta, y la besó en la frente.

### XIII.

En aquel momento se levantó el tapiz de la puerta que ponía en comunicacion la cámara de la reina con la del rey, y apareció profundamente conmovido el jóven infante don Juan Manuel.

—Prima y señora, dijo acercándose á ella, doblando una rodilla y besándola la mano: el rey mi señor os llama: llama á su hijo el infante don Fernando; acudid, acudid pronto, porque el rey muere.

La reina se alzó de una manera nerviosa, y se dirigió vivamente á la puerta por donde habia entrado el infante don Juan Manuel.

Pero se detuvo: no olvidaba nada.

—Primo infante, le dijo, haced que mis dueñas y mis doncellas acomoden y sirvan á esa señora infanta, hija del rey de Granada.

Después de esto, entró desolada, estremecida, por la puerta que conducía á la cámara del rey.

La reina encontró gravemente postrado á don Sancho: habia agotado sus fuerzas y su sentimiento en su conversacion con el infante don Juan Manuel.

Una tos débil ya, porque las fuerzas del moribundo concluían, pero penosísima y terrible, le agitaba.

El rey estaba solo.

La reina, temblando, llorosa, llena de una amargura y de un desconsuelo imposibles de describir, se acercó al lecho y sostuvo al moribundo por algun tiempo.

El rey no podia hablar.

Se asió con sus manos trémulas á la reina, y permaneció con la cabeza reclinada sobre su seno y agitado siempre por aquella tos de muerte.

—¡Y mi hijo, y mi hijo? exclamó al fin pronunciando mal sus palabras entrecortadas por la tos.

—Reposad, reposad tranquilo, señor, en cuanto á vuestros hijos: su madre velará por ellos: su madre combatirá, luchará y vencerá con la ayuda de Dios.

—¡Dios! ¡Dios! exclamó el moribundo: Dios está irritado contra nosotros: Dios ha maldecido nuestra raza: mi agonía es terrible, señora: me parece que sobre mí pesa la mano vengadora del Señor.

—¡Ah! no; confiad en su misericordia, dijo la reina conte-



niendo sus lágrimas por no afectar mas al real moribundo.

—Confío, exclamó don Sancho, en que Dios oirá vuestra plegaria, en que Dios os acorrerá y os dará fuerzas para pelear contra los traidores: no os fieis de mi tío el infante don Enrique: sus veintiseis años de prision no le han corregido: es siempre el ambicioso sin freno: le he nombrado tutor de mi hijo al par vuestro, por ver si de este modo satisfago en alguna manera su ambicion; pero sed cauta para con él: no os fieis de él, que es un miserable: desconfiad de los Haros y los Laras, pero apoyaos con toda vuestra confianza en don Alfonso Perez de Guzman; él es nuestra única esperanza, señora; él combatirá por mi hijo como combatió por mí en Tarifa: en cuanto á mi hermano el infante don Juan.....

—Vuestro hermano está en tierra de moros, contestó la reina, y bien guardado, segun noticias. Además, vuestros reinos no le quieren; no es temible.

—Guardad, señora, guardad; nuestros reinos están dominados por traidores: la rebelion no nace de los pueblos, sino de los próceres: la pobreza de nuestros vasallos les inclina á servir al que mas les paga: el infante don Juan es nuestro mas terrible enemigo: él no reparará en nada por ocupar el trono que yo dejo vacío. Oidme, oidme, aunque sea terrible que un moribundo que va á comparecer dentro de poco en la presencia del Señor os aconseje la destruccion, la sangre: Dios sabe cuál es mi intencion: como padre, como rey, tengo el derecho de aconsejaros todo lo que es necesario para asegurar mi herencia á mi hijo primogénito: como rey, además, debo velar aún para despues de mi muerte por la felicidad que no he podido ¡desdichado! dar á mis pobres reinos, sentenciados por mí á una continua guerra civil: matad al infante don Juan, señora, matadle, porque matándole habreis ejercido justicia, porque matándole habreis asegurado la corona de vuestro hijo y habreis evitado las desgracias de mis reinos: no os mueva vuestra piedad: tened en cuenta que la misericordia no puede ejercitarse con menoscabo de la justicia: tened en cuenta que los que hemos nacido para gobernar á los hombres, tenemos la obligacion de fortalecer nuestra alma, de

afrontar la sangre cuando la sangre de los que se rebelan puede evitar nuevas rebeliones, nuevos trastornos, nuevas desgracias á los reinos que Dios nos ha confiado para que los gobernemos: mirad, señora, que la clemencia puede ser y es muchas veces funesta; no detengais nunca la espada de la justicia: que caiga sobre los que la han ofendido, y de esta manera, aunque hayais amargado vuestra alma, aunque la sangre os haya cegado, habreis cumplido con el sagrado encargo que habeis recibido de Dios.

—¡Sangre! ¡siempre sangre! exclamó llorando doña María.

—¡Sí! ¡sangre, siempre sangre de traidores! yo he debido morir bajo el cuchillo del verdugo; yo, que he dado el mal ejemplo de una rebeldía horrenda á mis vasallos; yo, que ahora me estremezco pensando en una rebeldía de los traidores contra mi hijo, contra vos..... ¡Ah! sí, sí, herid, herid sin compasion con la espada de la justicia, que mientras la espada de la justicia hiera y no la del odio ni la de la tiranía ó la de la venganza, habreis servido como reina al Señor.

La tos del rey se hizo mucho mas penosa.

El hervidero de su pecho era horrible.

Tuvo algunos minutos de penoso silencio: parecia como dominado por un deseo: la reina sentia correr su frio sudor.

—Don Alfonso Perez de Guzman, dijo al fin el rey: que venga, quiero hablarle, quiero despedirme de él, quiero confiar, de él para mí, la tutela de mi hijo, el amparo de mi esposa á su espada: él no necesita de pomposos títulos, él no ansía riquezas, él es el mejor caballero que ha sido vasallo de rey.

La reina fué á una pequeña puerta situada detrás del lecho, llamó, acudió un camarero, y recibió la orden de buscar á Alfonso Perez.

La reina volvió al lado del rey.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! dijo don Sancho con una fatiga inmensa; yo me ahogo, María, me falta la respiracion; acaso Dios no me concederá tiempo para que yo hable con ese buen caballero: ¡mi hijo, mis hijos, mi córte, que vengan todos aquí!

Y un nuevo acceso de tos cortó la palabra del rey.



## XIV.

Doña María fué á otra puerta de la cámara, llamó y dió algunas órdenes.

Poco despues entraron con sus ayos el infante don Fernando, el infante don Felipe y la infanta doña Isabel, los prelados de Toledo, de Sevilla, de Avila, de Segoviã, el confesor del rey, el infante don Enrique, don Diego Lopez de Haro, don Juan Nuñez de Lara, el infante don Juan Manuel, los altos dignatarios de la corona, los altos oficiales de la casa del rey, y el último Guzman el Bueno, que se quedó sombrío, pálido, pensativo, en el fondo de la cámara y como ocultándose de todo el mundo, mientras que la mayor parte de los cortesanos procuraban hacerse ver del rey, como esperando que el rey se acordase de ellos en sus últimos momentos.

Así es la córte: los que menos sirven se ponen mas frente á los reyes buscando sus favores, mientras que los leales se esconden en la sombra.

El rey procuró en vano dirigir algunas palabras á los infantes, á los prelados y á los ricos hombres.

Al fin, haciendo un violento esfuerzo, dijo con la voz entera, como si Dios para solo aquello le hubiera devuelto sus fuerzas:

—Mis primos, infantes y ricos hombres, mis buenos padres los prelados, mis buenos servidores, mis caballeros, yo encomiendo á vuestra lealtad á mi buena esposa la reina doña María: yo os encomiendo al rey mi hijo, á mis hijos los infantes: yo os bendigo por vuestra lealtad si á ella fuéreis fieles, y os maldigo si á ella faltáreis: primo don Juan Nuñez de Lara, añadió el rey, cuya voz era á cada momento mas débil, dirigiéndose á aquel magnate; bien sabeis que llegásteis á mí mozo sin barbas, y os hice mucha merced, primero dándoos un muy buen casamiento y despues tierras y caudal: ruégoos, pues yo estoy en tan mal trance como me veis, que nunca de vos se vea des-





LA BUENA MADRE.

Infante don Fernando mi hijo, yo os doy toda la bendición que puedo daros.

amparado el infante don Fernando mi hijo, hasta que tuviere barbas: y si así lo hiciéreis Dios os lo premie, y si no os lo demande en el punto en que mas necesidad tuviéreis.

—Señor, respondió don Juan Nuñez de Lara; yo conozco que todo lo que me pedís es justo, y os hago pleito homenaje por ello, y si no Dios me lo demande amen.

—Dios me llama, dijo el rey; respetad y temed la voz de los moribundos.... ¡Mi hijo, mi hijo el infante don Fernando! ¿Dónde está?

El rey tenia ya los ojos turbios.

Sus manos trémulas se estendian hácia el lugar donde suponía á su hijo.

El infante, que apenas tenia diez años, asustado, conmovido, pálido, lloroso, se acercó é hincó una rodilla en un escabel que estaba junto al lecho.

La reina doña María sostenia al rey.

Este puso sus manos trémulas sobre la cabeza de su hijo, y exclamó:

—Infante don Fernando mi hijo, yo os doy toda la bendición que puedo daros.

Luego hizo que trajesen á sus hijos, y los bendijo tambien.

Después, como si hubiera agotado sus fuerzas, cayó sobre los almohadones del lecho.

La córte se fué retirando.

Solo quedaron el infante don Enrique, don Juan Nuñez de Lara, don Diego Lopez de Haro y la reina.

Guzman el Bueno habia salido el primero de la misma manera que habia entrado el último.

El rey lanzó en torno suyo una mirada turbia.

—¿Dónde está, dijo, mi buen defensor de Tarifa? Llamadle.

El infante don Enrique, don Juan Nuñez de Lara y don Diego Lopez de Haro, no pudieron contener un movimiento de impaciencia.

—Llamadle, mi buen tío, dijo el rey al infante don Enrique: os dejo en Guzman el Bueno una valiente espada y un noble corazón para que os ayuden á defender de traidores á mi



mujer la reina y al rey mi hijo, que vuelvo á encomendaros. Id, id, mi noble tío, hacedme la merced de traer junto á mí á don Alfonso Perez de Guzman.

El infante salió.

Poco despues entró seguido de Guzman el Bueno.

—Acercaos, le dijo el rey; acercaos mas, que yo os vea por la última vez: vuestra mano, don Alfonso; no se despide de vos vuestro rey, sino vuestro amigo.

—¡Ah, señor! exclamó Guzman arrojándose á los piés del lecho, asiendo las heladas manos del rey y besándolas.

Y algunas ardientes lágrimas del caballero cayeron sobre las manos del rey.

—Don Alfonso, exclamó Sancho IV; velad por mi esposa, velad por mis hijos.

Y al acabar estas palabras, para las que habia hecho un violento esfuerzo, cayó.

La reina dió un grito espantoso.

La manera de desplomarse el rey sobre los almohadones, la habia aterrado.

En efecto, Sancho IV habia muerto en el mismo momento en que acababa de confiar á Guzman el Bueno su esposa y sus hijos.

Guzman se alzó terrible y exclamó:

—Descansa en paz, buen rey; yo guardaré la corona de tu hijo como te guardé tu villa de Tarifa.

FIN DEL PROLOGO.

## LIBRO PRIMERO.

ZAYDA FATIMA.